

Diacrónica Jurídica - Unisongil
Primer Semestre

TRANSICIONES DE LA ANTIGÜEDAD AL FEUDALISMO

PERRY ANDERSON

PROLOGO

Son necesarias unas palabras para explicar el alcance y la intención de este ensayo, concebido como prólogo de un estudio más amplio cuyo tema se sitúa inmediatamente después: *El Estado absolutista*. Ambos libros están directamente articulados entre sí y, en último término, plantean una sola línea argumental. La relación entre ambos —Antigüedad y feudalismo en uno, absolutismo en otro— no es inmediatamente perceptible en la habitual perspectiva de la mayor parte de los estudios. Normalmente, la historia antigua está separada de la historia medieval por un abismo profesional que muy pocas obras contemporáneas pretenden colmar: la separación entre ambas está arraigada institucionalmente tanto en la enseñanza, como en la investigación. La distancia convencional entre la historia medieval y la historia moderna es (natural o paradójicamente?) mucho menor, aunque en todo caso ha sido suficiente para imposibilitar cualquier análisis del feudalismo y el absolutismo dentro de una misma perspectiva. La base argumental de estos estudios interconectados es, qué, en determinados aspectos importantes; las sucesivas formas políticas que constituyen su objeto central deben analizarse de ese modo. El presente ensayo explora el mundo social y político de la Antigüedad clásica, la naturaleza de su transición hacia el mundo medieval y la resultante estructura y evolución del feudalismo en Europa; uno de sus temas centrales será el de las divisiones regionales del Mediterráneo y de Europa. El libro siguiente analizará el absolutismo en continua referencia al feudalismo y a la Antigüedad, como legítimo heredero político de ambos. Las razones para iniciar un estudio comparado del Estado absolutista con una incursión en la Antigüedad clásica y el feudalismo se harán evidentes a lo largo del segundo libro y se resumirán en sus conclusiones, que intentarán situar la especificidad del conjunto de la experiencia europea en un marco internacional más amplio, a la luz de los análisis de ambos volúmenes.

Es preciso, sin embargo, insistir desde el comienzo en el carácter limitado y provisional de los análisis presentados en cada uno de estos libros. La erudición y el rigor académico del historiador profesional están ausentes de ellos. En su sentido específico, escribir historia es inseparable de investigar directamente los materiales originales del pasado, ya sean arqueológicos, epigráficos o de archivos. Los estudios que siguen no aspiran a esa dignidad. Más que verdaderos escritos de historia, estos libros se basan simplemente en la lectura de las obras disponibles de los historiadores modernos, lo que es un asunto muy diferente. Por consiguiente, el aparato de referencias que acompaña al texto es lo contrario de lo que denota una obra de historiografía académica. Quien posee autoridad no necesita citarla: las propias fuentes —los materiales primarios del pasado— hablan por él. El tipo y la amplitud de las notas que apoyan el texto de estos dos libros indican simplemente el nivel secundario en el que están situados. Naturalmente, los mismos historiadores producen a veces obras comparativas o de síntesis sin poseer siempre ni necesariamente un conocimiento profundo de toda la gama de testimonios relativos al tema de su trabajo, aunque el juicio de esos historiadores estará normalmente matizado por el dominio de su especialidad. En sí mismo, el esfuerzo para describir o comprender estructuras o épocas históricas muy amplias no necesita excesivas disculpas ni justificaciones; sin él, las investigaciones específicas y locales reducen su propio alcance potencial. De todas formas, es cierto también que ninguna interpretación es tan fallible como la que se basa en conclusiones obtenidas fuera de sus fuentes básicas, pues siempre es susceptible de ser invalidada por los nuevos descubrimientos o las revisiones de nuevas investigaciones primarias. Lo que generalmente acepta una generación de historiadores puede ser desechado por la investigación de la siguiente. Por tanto, cualquier tentativa de formular afirmaciones generales basadas en las opiniones existentes, por muy eruditas que éstas sean, tiene que ser inevitablemente precaria y condicional. Si esto es así, las limitaciones de estos ensayos son especialmente grandes, debido a la amplitud del tiempo que abarcan. En efecto, cuanto más amplio sea el tiempo histórico analizado, más comprimido tenderá a ser el tratamiento dado a cada una de sus fases. En este sentido, toda la difícil complejidad del pasado —que sólo puede aprehearse en el rico lienzo pintado por el historiador— permanece en buena medida fuera del alcance de estos estudios. Los análisis que en ellos

se encuentran son, por razones de espacio y de competencia, diagramas rudimentarios; nada más. Al ser breves esbozos para otra historia, lo que pretenden es proponer algunos elementos de discusión más que exponer tesis cerradas o comprensivas. La discusión a la que están destinados se sitúa principalmente en el campo del materialismo histórico. Los objetivos del método elegido en la utilización del marxismo se explican en el prólogo a *El Estado absolutista*, donde se harán visibles con más claridad en la estructura formal de la obra. Ahora sólo es necesario exponer los principios que han regido el empleo de las fuentes en ambos estudios. Como en toda investigación esencialmente comparativa, las autoridades en las que se basa este estudio son muy diversas y muy variadas, tanto en su carácter intelectual como en el político. No se ha concedido ningún privilegio especial a la historiografía marxista como tal. A pesar de los cambios experimentados en las décadas recientes, la inmensa mayor parte de las obras históricas rigurosas del siglo XX han sido escritas por historiadores ajenos al marxismo. El materialismo histórico no es una ciencia acabada ni todos sus autores han poseído una categoría similar. Algunos campos de la historiografía están dominados por la investigación marxista; en otros muchos, las contribuciones no marxistas son superiores en cantidad y en calidad a las marxistas, y hay, quizá, más campos en los que no existe ninguna intervención marxista. En un estudio comparativo que debe tener en cuenta obras procedentes de tan diversos horizontes, el único criterio permisible de discriminación es su solidez y su coherencia intrínseca. La máxima consideración y respeto hacia la erudición de los historiadores situados fuera de las fronteras del marxismo no es incompatible con la búsqueda rigurosa de una investigación histórica marxista, sino que, por el contrario, es su condición. Y a la inversa, Marx y Engels nunca pueden ser tomados al pie de la letra: los errores de sus escritos históricos no pueden ser eludidos ni ignorados, sino que es preciso identificarlos y criticarlos. Hacer esto no es alejarse del materialismo histórico, sino volver a él. En el conocimiento racional, que es necesariamente acumulativo, no hay ningún lugar para ningún tipo de fidelismo y la grandeza de los fundadores de las nuevas ciencias nunca ha constituido una prueba contra las equivocaciones o los mitos del mismo modo que nunca ha sido defendida por ellos. En este sentido, tomarse «libertades» con el nombre de Marx significa simplemente entrar en la libertad del marxismo.

PRIMERA PARTE

I. LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

La división de Europa en Este y Oeste ha sido, desde hace tiempo, algo convencional entre los historiadores y se remonta, de hecho, al fundador de la moderna historiografía positiva, Leopold Ranke. La piedra angular de la primera obra importante de Ranke, escrita en 1824, fue un «Esbozo de la unidad de las naciones latinas y germánicas», en el que trazó una línea que cortaba el continente y excluía a los eslavos del Este del común destino de las «grandes naciones» del Oeste, que serían el tema de su libro. «No puede afirmarse que esos pueblos pertenezcan también a la unidad de nuestras naciones; sus costumbres y su constitución los han separado desde siempre de ella. En esta época no ejercieron ningún influjo independiente, sino que aparecen como meros subordinados o antagonistas. Ahora y siempre, esos pueblos están bañados, por así decir, por las olas refluente de los movimientos generales de la historia»¹. Sólo Occidente participó en las migraciones bárbaras, las cruzadas medievales y las modernas conquistas coloniales que eran, para Ranke, los *drei grosse Aemzüge* de esas *unvergleichlichen Völker*: «los tres grandes hábitos surgidos de esta unión incomparable»². Pocos años después, Hegel señalaba que «en cierta medida, los eslavos han sido atraídos a la esfera de la Razón occidental», pues «en ocasiones, y en calidad de guardia avanzada —como nación intermedia—, tomaron parte en la lucha entre la Europa cristiana y el Asia no cristiana». Pero el meollo de su visión de la historia de la región oriental del continente era muy semejante al de Ranke. «Con todo, este conjunto de pueblos queda excluido de nuestra consideración, porque hasta ahora no han aparecido como un elemento independiente en la serie de fases que ha asumido la Razón en el mundo»³. Siglo y medio después, los histo-

¹ Leopold von Ranke, *Geschichte der romanischen und germanischen Völker von 1492 bis 1514*, Leipzig, 1885, p. xix.

² Ranke: *op. cit.*, p. xxx.

³ G. W. F. Hegel, *The philosophy of history*, Londres, 1878, p. 363. [Filosofía de la historia, Madrid, Gredos, 1972.]

riadores contemporáneos evitan normalmente ese tono. Las categorías étnicas han dado paso a los términos geográficos, pero la distinción entre Este y Oeste y su datación a partir de la Edad Oscura permanecen prácticamente idénticas. Dicho de otra forma, su aplicación comienza con la aparición del feudalismo, en aquella era histórica en que comenzó a invertirse de forma decisiva la relación clásica de las regiones del Imperio romano: el Este avanzado y el Oeste atrasado. Este cambio de signo puede observarse en casi todos los estudios sobre la transición de la Antigüedad a la Edad Media. Así, las explicaciones de la caída del Imperio propuestas en el más reciente y monumental estudio sobre la decadencia de la Antigüedad —*The later Roman Empire*, de Jontes— giran continuamente en torno a las diferencias estructurales entre el Este y el Oeste en el seno del Imperio. El Este, con sus ricas y numerosas ciudades, su economía desarrollada, su pequeño campesinado, su relativa unidad cívica y su lejanía geográfica de los más duros ataques bárbaros, sobrevivió; el Oeste, con su población más dispersa y sus ciudades más débiles, su aristocracia de magnates y su campesinado oprimido por las rentas, su anarquía política y su vulnerabilidad estratégica frente a las invasiones germánicas, sucumbió⁴. El fin de la Antigüedad quedó sellado entonces por las conquistas árabes que dividieron las dos orillas del Mediterráneo. El Imperio oriental se convirtió en Bizancio, un sistema político y social diferente al resto del continente europeo. En este nuevo espacio geográfico que surgió en la Edad Oscura, la polaridad entre Oriente y Occidente invirtió su connotación. Bloch emitió el autorizado juicio de que «a partir del siglo VIII existió un grupo claramente delimitado de sociedades en la Europa occidental y central cuyos elementos, por muy diversos que fuesen, estaban sólidamente cimentados en profundas similitudes y en relaciones constantes». Esta región fue la que dio origen a la Europa medieval: «La economía europea de la Edad Media —en la medida en que este adjetivo, tomado de la vieja nomenclatura geográfica de las "cinco partes del mundo", puede usarse para designar a una verdadera realidad humana— es la del bloque latino y germánico, bordeado por unos pocos islotes celtas y por unas cuantas franjas eslavas, y conducido gradualmente hacia una cultura común [...] Así com-

⁴ A. H. M. Jones, *The later Roman Empire*, 282-402, Oxford, 1964, vol. II, páginas 1026-68.

prendida y así delimitada, Europa es, una creación de la Alta Edad Media»⁵. Bloch excluyó expresamente de su definición social del continente a las regiones que hoy forman la Europa oriental: «La mayor parte del Oriente eslavo no pertenece en modo alguno a ella [...] Es imposible analizar juntas, en el mismo objeto de un estudio científico, sus condiciones económicas y las de sus vecinos occidentales. Su estructura social radicalmente diferente y su especialísima vía de desarrollo impiden en absoluto ese tipo de confusión. Caer en ella sería como mezclar a Europa y los países europeizados con China o Persia en una historia económica del siglo XIX»⁶. Los sucesores de Bloch han respetado sus órdenes. La formación de Europa y la germinación del feudalismo se han confinado generalmente a la historia de la mitad occidental del continente, excluyendo de este análisis a la mitad oriental. El autorizado estudio de Duby sobre la economía feudal temprana, que comienza en el siglo IX, se titula ya *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*⁷. Las formas culturales y políticas creadas por el feudalismo en el mismo período —la «secreta revolución de estos siglos»⁸— constituyen el núcleo principal del libro de Southern *The making of the Middle Ages*. La amplitud del título oculta una elipsis por la que se identifica implícitamente un tiempo específico con un espacio determinado. La primera frase del libro declara: «El tema de este libro es la formación de Europa occidental desde finales del siglo X hasta principios del XIII»⁹. Aquí, el mundo medieval se convierte en Europa occidental *tout court*. Así pues, la distinción entre Oriente y Occidente se refleja en la historiografía moderna desde el mismo comienzo de la era posclásica. Sus orígenes, en efecto, son coetáneos a los del mismo feudalismo. Por consiguiente, todo estudio marxista de las diferentes evoluciones históricas del continente debe analizar ante todo la matriz general del feudalismo europeo. Sólo cuando se haya hecho esto será posible considerar hasta qué punto y en qué dirección es posible trazar una historia divergente de sus regiones occidental y oriental.

⁵ Marc Bloch, *Mélanges historiques*, Paris, 1963, vol. I, pp. 123-4.

⁶ Bloch, *op. cit.*, p. 124.

⁷ Georges Duby, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, Paris, 1962; traducción inglesa, Londres, 1968. [*Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, Península, 1973.]

⁸ R. W. Southern, *The making of the Middle Ages*, Londres, 1953, p. 15.

⁹ Southern, *op. cit.*, p. 11.

Ambraton Perry, The Decline of
the Roman Empire

10 of 17
EL MODO DE PRODUCCIÓN ESCLAVISTA

La génesis del capitalismo ha sido objeto de muchos estudios inspirados en el materialismo histórico desde el mismo momento en que Marx le dedicara algunos famosos capítulos de *El capital*. La génesis del feudalismo, por el contrario, se ha dado casi sin estudiar dentro de la misma tradición y nunca ha sido integrada en el *corpus* general de la teoría marxista como específico tipo de transición hacia un nuevo modo de producción. Sin embargo, y como tendremos ocasión de ver, su importancia para el modelo global de historia quizá no sea menor que la de la transición al capitalismo. El solemne juicio de Gibbon sobre la caída de Roma y el fin de la Antigüedad aparece hoy, paradójicamente, quizá por vez primera en toda su verdad: «Una revolución que todavía sienten y que siempre recordarán todas las naciones de la Tierra»¹. A diferencia del carácter «acumulativo» de la aparición del capitalismo, la génesis del feudalismo en Europa se derivó de un colapso «catastrófico» y convergente de dos anteriores y diferentes modos de producción, cuya recombinación de elementos desintegrados liberó la específica síntesis feudal, que, en consecuencia, siempre retuvo un carácter híbrido. Los dos predecesores del modo de producción feudal fueron, naturalmente, el modo de producción esclavista, ya en trance de descomposición y sobre cuyos cimientos se había levantado en otro tiempo todo el enorme edificio del Imperio romano, y los dilatados y deformados modos de producción

¹ *The history of the decline and fall of the Roman Empire*, vol. 1, 1896 (edición Bury), p. 1. Gibbon se retrajo de este juicio en una nota manuscrita destinada a una revisión de su libro en la que limitaba su referencia sólo a los países de Europa, y no a los del mundo: «¿Tienen Asia y África, desde Japón a Marruecos, algún sentimiento o recuerdo del Imperio romano?», se preguntaba (*op. cit.*, p. xxxv). Gibbon escribió demasiado pronto para ver en qué medida habría de «sentir» el resto del mundo el impacto de Europa y de las consecuencias finales de la «revolución» que había descrito. Ni el remoto Japón ni el vecino Marruecos quedarían inmunes a la historia que esa revolución había inaugurado.

El modo de producción esclavista

11

primitivos de los invasores germanos que sobrevivieron en sus propias tierras tras las conquistas bárbaras. Estos dos mundos radicalmente distintos habían sufrido una lenta desintegración y una silenciosa interpenetración durante los últimos siglos de la Antigüedad.

Para ver cómo se produjo todo esto es necesario volver la mirada hacia la matriz originaria de toda la civilización del mundo clásico. La Antigüedad grecorromana siempre constituyó un universo centrado en las ciudades. El esplendor y la seguridad de la temprana polis helénica y de la tardía república romana, que asombraron a tantas épocas posteriores, representaban el cénit de un sistema político y de una cultura urbana que nunca ha sido igualado por ningún otro milenio. La filosofía, la ciencia, la poesía, la historia, la arquitectura, la escultura, el derecho, la administración, la moneda, los impuestos; el sufragio, los debates, el alistamiento militar: todo eso surgió y se desarrolló hasta unos niveles de fuerza y de complejidad inigualados. Al mismo tiempo, sin embargo, este friso de civilización ciudadana siempre tuvo sobre su posteridad cierto efecto de fachada en *trompe l'oeil*, porque tras esta cultura y este sistema político urbano no existía ninguna economía urbana que pudiera medirse con ellos. Al contrario, la riqueza material que sostenía su vitalidad intelectual y cívica procedía en su inmensa mayoría del campo. El mundo clásico fue navasa e invariablemente rural en sus básicas proporciones cuantitativas. La agricultura representó durante toda su historia el ámbito absolutamente dominante de producción y proporcionó de forma invariable las principales fortunas de las ciudades. Las ciudades grecorromanas nunca fueron predominantemente comunidades de manufactureros, comerciantes o artesanos sino que en su origen y principio constituyeron agrupaciones urbanas de terratenientes. Todos los órdenes municipales desde la demográfica Atenas a la Esparta oligárquica o la Roma senatorial, estuvieron dominados especialmente por propietarios agrícolas. Sus ingresos provenían de los cereales, el aceite y el vino, los tres productos básicos del mundo antiguo, cultivados en haciendas y fincas situadas fuera del perímetro físico de la propia ciudad. Dentro de esta, las manufacturas eran escasas y rudimentarias: la gama normal de mercancías urbanas nunca se extendió mucho más allá de los textiles, la cerámica, los muebles y los ob-

o ciudades de Roma

jetos de cristal. La técnica era sencilla, la demanda limitada y el transporte enormemente caro. El resultado de ello fue que en la Antigüedad las manufacturas se desarrollaron de forma característica no a causa de una creciente concentración, como ocurriría en épocas posteriores, sino por la desconexión y la dispersión; ya que la distancia, más que la división del trabajo, dictaba los costes relativos de producción. Una idea gráfica del peso comparativo de las economías rural y urbana en el mundo clásico la proporcionan los respectivos ingresos fiscales producidos por cada una ellas en el Imperio romano del siglo IV d. C., cuando el comercio urbano quedó definitivamente sometido por vez primera a un impuesto imperial con la *collatio lustralis* de Constantino: los ingresos procedentes de este impuesto en las ciudades nunca superaron el 5 por ciento de los impuestos sobre la tierra.⁷

Naturalmente, la distribución estadística del producto de ambos sectores no basta para restar importancia económica a las ciudades de la Antigüedad, porque en un mundo uniformemente agrícola el beneficio bruto del comercio urbano tal vez no sea muy bajo, pero la superioridad neta que puede proporcionar a una economía agraria sobre todas las demás tal vez sea decisiva. La condición previa de este rasgo distintivo de la civilización clásica fue su carácter costero. La Antigüedad grecorromana fue quintaesencialmente mediterránea en su más profunda estructura, porque el comercio interlocal que la unía sólo podía realizarse por mar. El comercio marítimo era el único medio viable de intercambio mercantil para distancias que puede apreciarse por el simple hecho de que en la época de Diocleciano era más barato enviar trigo por barco desde Siria a España —de un extremo a otro del Mediterráneo— que transpor-

⁷ A. H. M. Jones, *The later Roman Empire*, vol. 1, p. 465. El impuesto era pagado por los *negotiatores*, es decir, prácticamente por todos los que se dedicaban a cualquier tipo de producción comercial en las ciudades, ya fuesen mercaderes o artesanos. A pesar de su mínimo rendimiento, este impuesto se reveló como algo profundamente opresivo e impopular para la población urbana; hasta tal punto era frágil la economía de las ciudades.

⁸ Max Weber fue el primer investigador que hizo hincapié en este hecho fundamental, en sus dos grandes y olvidados estudios, «Agrarverhältnisse im Altertum» y «Die Sozialen Gründe des Untergangs der Antiken Kulturen». Véase *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Tübingen, 1924, pp. 4 ss., 292 ss.

tarlo 120 kilómetros en carretas.⁸ Así, no es casual que la zona del Egeo —laberinto de islas, puertos y promontorios— haya sido el primer hogar de la ciudad-Estado; ni que Atenas, su principal ejemplo, haya basado su fortuna comercial en el transporte marítimo; ni que, cuando la colonización griega se extendió hacia el Oriente Próximo en la época helenística, el puerto de Alejandría se convirtiera en la mayor ciudad de Egipto y fuera la primera capital-marítima de su historia; ni que Roma, finalmente, se convirtiera a su vez, aguas arriba del Tiber, en una metrópoli costera. El agua era el medio insustituible de comunicación y comercio que hacía posible un crecimiento de una concentración y complejidad muy superior al medio rural que lo sostenía. El mar fue el vehículo del imprevisible esplendor de la Antigüedad. La específica combinación de ciudad y campo que caracterizó al mundo clásico fue operativa, en último término, debido únicamente al lago situado en su centro. El Mediterráneo es el único gran mar interior en toda la circunferencia de la Tierra: sólo él ofrecía a una importante zona geográfica la velocidad del transporte marítimo, junto con los refugios terrestres contra los vientos y el oleaje. La posición única de la Antigüedad clásica en la historia no puede separarse de este privilegio físico.

En otras palabras, el Mediterráneo proporcionó el necesario marco geográfico a la civilización antigua, pero su contenido y novedad históricas radicán, sin embargo, en la base social de la relación entre ciudad y campo que se estableció en su interior. El modo de producción esclavista fue la invención decisiva del mundo grecorromano y lo que proporcionó la base última tanto de sus realizaciones como de su eclipse. Es preciso subrayar la originalidad de este modo de producción. La esclavitud ya había existido en formas diferentes durante toda la Antigüedad en el Oriente Próximo, como habría de existir más adelante en toda Asia; pero siempre había sido una condición jurídicamente impura —que con frecuencia tomaba la forma de servidumbre por deudas o de trabajo forzado—, entre otros tipos mixtos de servidumbre, y formado sólo una categoría muy reducida en un continuo amorfo de dependencia y falta de libertad que llegaba hasta muy arriba en la escala social.⁹ La esclavitud nunca fue el tipo predominante de extracción de ex-

⁸ Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 841-2.

⁹ M. I. Finley, «Between slavery and freedom», *Comparative Studies in Society and History*, VI, 1963, pp. 237-8.

→ esclavitud en Grecia →
impulso para el comercio.

desarrolló en la 1ª su uso de
la esclavitud en un modo de
14 producción de bienes
La Antigüedad clásica

cedente en estas monarquías prehelénicas, sino un fenómeno residual que existía al margen de la principal mano de obra rural. Los imperios sumerio, babilónico, asirio y egipcio. Estados fluviales, basados en una agricultura intensiva y de regadío que contrasta con el cultivo de tierras ligeras y de secano del mundo mediterráneo posterior— no fueron economías esclavistas, y sus sistemas legales carecían de una concepción estrictamente definida de la propiedad de bienes muebles. Las ciudades-Estado griegas fueron las primeras en hacer de la esclavitud algo absoluto en su forma y dominante en su extensión, transformándola así de puro instrumento secundario en un sistemático modo de producción. Naturalmente, el mundo helénico clásico no se basó nunca de forma exclusiva en la utilización del trabajo de esclavos. En las diferentes ciudades-Estado de Grecia, los campesinos libres, los arrendatarios dependientes y los artesanos de las ciudades siempre coexistieron en diversas formas con los esclavos. Su propio desarrollo interno o externo podía cambiar notablemente la proporción de ambos de un siglo a otro: cada formación social concreta es siempre una específica combinación de diferentes modos de producción, y las de la Antigüedad no constituyeron una excepción. Pero el modo de producción dominante en la Grecia clásica, el que rigió la articulación compleja de cada economía local e imprimió su sello a toda la civilización de la ciudad-Estado, fue el de la esclavitud. Esto mismo habría de ocurrir también en Roma. El mundo antiguo-nunca estuvo marcado en su totalidad y de forma continua y omnipresente por el predominio del trabajo esclavo. Pero las grandes épocas clásicas en las que floreció la civilización de la Antigüedad—Grecia en los

4 A lo largo de este libro generalmente se preferirá el término «formación social» al de «sociedad». En el uso marxista, el propósito del concepto de formación social consiste precisamente en subrayar la pluralidad y heterogeneidad de los posibles modos de producción dentro de una totalidad histórica y social dada. Por el contrario, la repetición acrítica del término «sociedad» conlleva con demasiada frecuencia la presunción de una unidad subyacente de lo económico, lo político y lo cultural dentro de un conjunto histórico, cuando de hecho esta simple unidad e identidad no existen. A no ser que se especifique lo contrario, las formaciones sociales son, pues, en este libro combinaciones concretas de diferentes modos de producción organizados bajo el predominio de uno de ellos. Para esta distinción, véase Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, París, 1968, pp. 10-12. [*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1972, pp. 4-7] Una vez aclarado esto, sería una pedantería evitar por completo el familiar término de «sociedad» y aquí no realizaremos ningún esfuerzo por evitarlo.

época clásica cuando produce
generalmente: el modo de
El modo de producción esclavista

siglos V y IV a. C. y Roma desde el siglo II a. C. hasta el siglo II d. C. fueron aquellas en las que la esclavitud fue más general entre los otros sistemas de trabajo. El solsticio de la cultura-urbana clásica siempre presenció también el cenit de la esclavitud, y la decadencia de la primera, en la Grecia helénica o en la Roma cristiana, se caracterizó invariablemente por la reducción de la segunda.

A falta de estadísticas fiables, es imposible calcular con exactitud la proporción global de población esclava en la tierra originaria del modo de producción esclavista, la Grecia posarcaica. Las estimaciones más dignas de crédito varían enormemente, pero una reciente valoración es que la proporción de esclavos/ciudadanos libres en la Atenas de Pericles era aproximadamente de 3 a 2, en épocas diversas, el número relativo de esclavos en Quíos, Egina o Corinto fue probablemente mayor, mientras que en Esparta la población ilota siempre superó con creces a la ciudadana. En el siglo IV a. C., Aristóteles podía escribir sin darle mayor importancia que «los Estados están obligados a tener un gran número de esclavos», mientras que Jenofonte elaboraba un plan para restaurar la riqueza de Atenas en el que «el Estado poseería esclavos públicos hasta que hubiera tres por cada ciudadano ateniense». Así pues, en la Grecia clásica los esclavos fueron utilizados por primera vez y de forma habitual en la artesanía, la industria y la agricultura.

A. Andrewes, *Greek society*, Londres, 1967, p. 135, quien afirma que el total de mano de obra esclava era en esta zona de 80 a 100.000 hombres en el siglo V, cuando el número de ciudadanos ascendía quizá a unos 45.000. Este orden de magnitud exige probablemente un consenso más amplio que otras estimaciones más bajas o más elevadas. Pero todas las modernas historias de la Antigüedad se resisten de la falta de una información digna de crédito sobre el volumen de las poblaciones y de las clases sociales. Jones pudo calcular la proporción de esclavos y ciudadanos en el siglo IV, cuando ya había disminuido la población de Atenas, en 1:1 sobre la base de las importaciones de grano en la ciudad: *Athenian democracy*, Oxford, 1977, pp. 76-79. Finley, por su parte, ha argumentado que esa proporción pudo llegar a ser de 3 ó 4:1 en los períodos punta de los siglos V y VI. *Was Greek civilization based on slave labour?*, *Historia*, VIII, 1959, pp. 38-9. La historiografía moderna más extensa, aunque incompleta, sobre el tema de la esclavitud antigua el libro de W. L. Westermann: *The slave systems of Greek and Roman antiquity*, Filadelfia, 1955, p. 9, llega a un número global semejante al aceptado por Andrewes y Finley, esto es, entre 60 y 80.000 esclavos a comienzos de la guerra del Peloponeso.

Aristóteles, *Política*, VII, IV, 4 [*Política*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972]. Jenofonte, *Ways and means*, IV, 17. [*La economía y los medios de aumentar las rentas*.]

La antigüedad clásica
 (1) Los cambios jurídicos
 libertad jurídica en un
 sistema antiguo

ra en una escala superior a la doméstica. Al mismo tiempo, y mientras el uso de la esclavitud se hacía general, su naturaleza se hizo correlativamente absoluta: ya no consistía en una forma relativa de servidumbre entre otras muchas, situada a lo largo de un continuo gradual, sino en una condición extrema de pérdida completa de libertad, que se yuxtaponía a una libertad nueva y sin trabas. La formación de una subpoblación esclava nitidamente delimitada fue, precisamente, lo que elevó la ciudadanía de las ciudades griegas a cimas hasta entonces desconocidas de libertad jurídica consciente. La libertad y la esclavitud helénicas eran indivisibles: cada una de ellas era la condición estructural de la otra, en un sistema diádico que no tuvo precedente ni equivalente, en las jerarquías sociales de los imperios del Oriente Próximo, que no conocieron ni la noción de ciudadanía libre ni la de propiedad servil. Este profundo cambio jurídico fue en sí mismo el correlato social e ideológico del «milagro» económico producido por la aparición del modo de producción esclavista.

La civilización de la Antigüedad clásica representaba, como ya hemos señalado, la supremacía anómala de la ciudad sobre el campo en el marco de una economía predominantemente rural: era la antítesis del primer mundo feudal que le sucedió. A falta de una industria municipal, la condición de posibilidad de esta grandeza metropolitana era la existencia de trabajo esclavo en el campo, porque sólo los esclavos podían liberar de sus bases rurales a los miembros de una clase terrateniente tan radicalmente que llegaran a transmigrarse en ciudadanos esencialmente urbanos, por más que siguieran extrayendo de la tierra su riqueza básica. Aristóteles expresó la resultante ideología social de la tardo Grecia clásica con esta ocasional prescripción: «En cuanto a los que deben cultivar la tierra, si cabe elegir, deben preferirse los esclavos, y tener cuidado de que no sean todos de la misma nación, y principalmente de que no sean belicosos. Con estas dos condiciones serán excelentes para el trabajo y no pensarán en rebelarse. Después es conveniente mezclar con los esclavos algunos bárbaros que sean siervos y que tengan las mismas cualidades que aquéllos»⁹. En el campo romano fue característico del modo de producción esclavista completamente desarrollado el hecho de que incluso las funciones de

⁹ Westermann, *The slave systems of Greek and Roman antiquity*, páginas 42-3; Finley, «Between slavery and freedom», pp. 236-9.
¹⁰ *Politics*, IV, ix, 9. [*Politics*, IV, ix.]

dirección fueran delegadas en inspectores y administradores esclavos, que ponían a trabajar en los campos a cuadrillas de esclavos. A diferencia del señorío feudal, la finca con esclavos permitía una permanente disyunción entre la residencia y la renta; el excedente con el que se amasaban las fortunas de la clase poseedora podía extraerse sin su presencia en las tierras. El vínculo entre el productor rural inmediato y el apropiador urbano de su producto no era consuetudinario ni estaba condicionado por la localización de la tierra, como ocurriría más tarde con la servidumbre adscripticia. Al contrario, ese vínculo era el acto comercial universal de la compra de mercancías que se realizaba en las ciudades, donde el comercio esclavista tenía sus típicos mercados. El trabajo esclavo de la Antigüedad clásica encarnaba, pues, dos atributos contradictorios en cuya unidad radica el secreto de la paradójica precocidad urbana del mundo grecorromano. Por una parte, la esclavitud representaba la más radical degradación rural imaginable del trabajo: esto es, la conversión de los hombres en medios inertes de producción mediante su privación de todos los derechos sociales y su asimilación legal a las bestias de carga. La teoría romana definía al esclavo agrícola como *instrumentum vocale*, herramienta que habla, y lo situaba un grado por encima del ganado, que constituía un *instrumentum semivocale*, y dos grados por encima de los aperos, que eran el *instrumentum mutuum* por otra parte, la esclavitud era simultáneamente la más drástica comercialización urbana concebible del trabajo: es decir, la reducción de toda la persona del trabajador a un objeto estandarizado de compra y venta en los mercados metropolitanos de intercambio de mercancías. El destino de la inmensa mayoría de los esclavos en la Antigüedad clásica era el trabajo agrícola (aunque no fuera así siempre ni en todas partes, si lo fue en conjunto): su concentración, reparto y envío se efectuaba normalmente desde los mercados de las ciudades, en las que muchos de ellos, naturalmente, también estaban empleados. La esclavitud, incluso de tipo ejecutivo.

¹¹ La misma ubicuidad del trabajo esclavo en el cenit de la república y el principio romano tuvo el efecto paradójico de promover a determinadas categorías de esclavos a posiciones administrativas o profesionales de responsabilidad, lo que a su vez facilitó la manumisión y la subsiguiente integración de los hijos de los libertos cualificados en la clase de los ciudadanos. Este proceso no fue tanto un paliativo humanitario de la esclavitud clásica, cuanto una nueva prueba de la atención radical de la clase dirigente romana de cualquier forma de trabajo productivo, incluso de tipo ejecutivo.

La antigüedad clásica

vitua era, pues, el gozne económico que unía a la ciudad y el campo, con un desorbitado beneficio para la polis. Manténia aquella agricultura cautiva que permitía la diferenciación radical de una clase dirigente urbana de sus orígenes rurales y a la vez promovía el comercio entre las ciudades que era el complemento de esta agricultura en el Mediterráneo. Entre otras ventajas, los esclavos eran una mercancía eminentemente móvil en un mundo en que los obstáculos en el transporte tenían una importancia capital para la estructura de toda la economía.¹² Los esclavos podían ser enviados por barco de una región a otra sin ninguna dificultad; podían ser adiestrados en numerosos y diversos oficios; además, en las épocas de oferta abundante, los esclavos intervenían para mantener bajos los costes allí donde trabajaban obreros asalariados o artesanos independientes, debido al trabajo alternativo que proporcionaban. La riqueza y el bienestar de la clase urbana propietaria de la Antigüedad clásica —y, sobre todo, la de Atenas y Roma en el momento de su esplendor— se basaron en el amplio excedente producido por la omnipresencia de este sistema de trabajo, que no dejó intacto ningún otro.

El precio pagado por este instrumento brutal y lucrativo fue, sin embargo, muy alto. En la época clásica, las relaciones esclavistas de producción fijaron algunos límites insuperables a las fuerzas de producción de la Antigüedad. Sobre todo, esas relaciones tendieron en último término a paralizar la productividad de la agricultura y de la industria. En la economía de la Antigüedad clásica se produjeron también, por supuesto, algunas mejoras técnicas. Ningún modo de producción está desprovisto de progresos materiales en su fase ascendente, y el modo de producción esclavista registró, en su mejor momento, algunos avances importantes en el equipamiento económico, desarrollado en el marco de su nueva división social del trabajo. Entre ellos se puede señalar la expansión de los cultivos vínicos y oleícolas más rentables; la introducción de molinos giratorios para el grano y la mejora en la calidad del pan. Además, se diseñaron nuevas prensas de husillo, se desarrollaron métodos de soplado de vidrio y se perfeccionaron los sistemas de calefacción. Es probable que avanzaran también la combinación de cultivos, los conocimientos botánicos y el drenaje de los campos.¹³ En el mundo clásico, por tanto, no se

¹² Weber, «Agrarverhältnisse im Altertum», pp. 5-6.
¹³ Véase especialmente F. Kiechle, *Skizzenarbeit und technischer Fort-*

El modo de producción esclavista

produjo una simple paralización final de la técnica, pero, al mismo tiempo, nunca se produjo una importante gama de invenciones que empujaron a la economía antigua hacia unas fuerzas de producción cualitativamente nuevas. En una perspectiva comparada, no hay nada más sorprendente que el global estancamiento tecnológico de la Antigüedad. Será suficiente comparar el historial de sus ocho siglos de existencia, desde el ascenso de Atenas hasta la caída de Roma, con el equivalente período de tiempo del modo de producción feudal que le sucedió, para percibir la diferencia entre una economía relativamente estática y otra dinámica. Más llamativo todavía fue, por supuesto, el contraste dentro del propio mundo clásico entre su vitalidad cultural y superestructural y su embotamiento infraestructural. La tecnología manual de la Antigüedad fue exigua y primitiva, no sólo si se mide por el patrón externo de una historia posterior, sino, sobre todo, si se compara con su propio firmamento intelectual, que en muchos aspectos fundamentales siempre se mantuvo por encima de la Edad Media. Sin duda, la estructura de la economía esclavista fue, en lo fundamental, la responsable de esta extraordinaria desproporción. Aristóteles, que para las épocas posteriores fue el pensador más importante y representativo de la Antigüedad, resumió lacónicamente este principio social con la frase: «El Estado perfecto no admitirá nunca al trabajador manual entre los ciudadanos, porque la mayor parte de ellos son hoy esclavos o extranjeros». Ese Estado representaba la norma ideal del modo de producción esclavista, que nunca se realizó en ninguna formación social del mundo antiguo. Pero su lógica siempre estuvo presente de forma inmanente en la naturaleza de los sistemas económicos clásicos.

Una vez que el trabajo manual quedaba profundamente asociado a la falta de libertad, no existía ningún espacio social libre para la invención. Los sofocantes efectos de la esclavitud sobre la técnica no fueron un simple producto de la baja productividad media del propio trabajo esclavista y ni siquiera del

schritt im römischen Reich, Wiesbaden, 1969, pp. 12-114; L. A. Moritz, Grain Mills and Flour in Classical Antiquity, Oxford, 1958; K. D. White, Roman Farming, Londres, 1970, pp. 123-4, 147-72, 188-91, 260-1, 452.

«El problema general está planteado energicamente, como de costumbre, por Finley, «Technical innovation and economic progress in the ancient world», Economic History Review, xviii, núm. 1, 1955, pp. 29-45. Para las realizaciones específicas del Imperio romano, véase F. W. Walbank, The awful revolution, Liverpool, 1969, pp. 40-1, 46-7, 108-10. «Politics, III, iv, 2. [Politica, III, iii, 2.]

El modo de producción esclavista
la esclavitud

El mundo clásico de la Antigüedad
el modo de producción esclavista

volumen de su utilización, sino que afectaron sutilmente a todas las formas de trabajo. Marx intentó expresar el tipo de acción que ejercieron en una frase famosa, aunque teóricamente críptica: «En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango e influencia y cuyas relaciones, por lo tanto, asignan a todas las otras el rango y la influencia. Es una iluminación general en la que se bañan todos los colores y que modifica las particularidades de éstos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve».¹⁶ Como es evidente, los esclavos agrícolas tenían muy pocos incentivos para realizar sus tareas económicas de forma competente y concienzuda cuando se relajaba la vigilancia; su empleo óptimo tenía lugar en los viñedos y los olivares. Por otra parte, muchos artesanos y algunos agricultores esclavos poseían a menudo una destreza notable, dentro de los límites de las técnicas dominantes. La compulsión estructural de la esclavitud sobre la técnica no residía tanto en una causalidad intratecnológica (aunque ésta era importante en sí misma) cuanto en la mediata ideología social que rodeaba a la totalidad del trabajo manual en el mundo clásico y contaminaba al trabajo asalariado e incluso al independiente con el estigma de la deshonra.¹⁷ En general, el trabajo esclavo no era menos productivo que el libre e incluso en algunos campos su productividad era superior, pero sentó las bases de ambos, de tal forma que entre ellos nunca se desarrolló una gran divergencia en un espacio económico común que excluía la aplicación de la cultura a la técnica para producir inventos. El divorcio entre el trabajo material y la esfera de la libertad era tan rígido que los griegos no tenían siquiera una palabra en su idioma para expresar el concepto de trabajo, ni como función social ni en cuanto conducta personal. El trabajo agrícola y el artesanal se consideraban esencialmente como «adaptaciones»

¹⁶ Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie, Berlin, 1953, p. 27. (Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, Madrid, Siglo XXI, 1972, pp. 27-8.)

¹⁷ Finley señala que el término griego *penia*, que habitualmente se opone a *ploutos* como «pobreza» a «riqueza», tiene en realidad el sentido peyorativo más amplio de «trabajo penoso» o de «obligación de trabajar», y puede abarcar incluso a los pequeños y prósperos arrendatarios, sobre cuyo trabajo se cierne también la misma sombra cultural: M. I. Finley, *The ancient economy*, Londres, 1973, p. 41. [La economía de la Antigüedad, Madrid, FCE, 1975.]

a la naturaleza y no como transformaciones de ésta; ambos eran formas de servicio. Platón también desterró implícitamente a los artesanos de la *polis*; para él «el trabajo es algo ajeno a los valores humanos y en algunos aspectos incluso parece ser la antítesis de lo que es esencial al hombre».¹⁸ La técnica, considerada como instrumentación premeditada y progresiva del mundo natural por el hombre, era incompatible con la asimilación global del hombre al mundo natural como su «instrumento parlante». La productividad quedaba fijada por la perenne rutina del *instrumentum vocalis*, que devaluaba todo trabajo al impedir la preocupación permanente por los sistemas de economía. La vía típica de expansión para cualquier Estado de la Antigüedad siempre fue, pues, una vía «lateral» —la conquista geográfica— y no el avance económico. En consecuencia, la civilización clásica tuvo un carácter inherentemente colonial: la ciudad-Estado celular se reproducía invariablemente a sí misma, en las fases de auge, por medio del poblamiento y la guerra. Los saqueos, los tributos y los esclavos eran los objetos fundamentales del engrandecimiento, medios y a la vez fines de la expansión colonial. El poderío militar estaba quizá mucho más ligado al crecimiento económico que en ningún otro modo de producción anterior o posterior, debido a que la principal fuente del trabajo esclavo era normalmente la captura de prisioneros de guerra, mientras que la formación de tropas libres urbanas con destino a la guerra dependía del mantenimiento de la producción interna por los esclavos. Los campos de batalla proporcionaban mano de obra para los campos de cereales y, viceversa, los trabajadores cautivos permitían la creación de

¹⁸ J. P. Vernant, *Mythe et pensée chez les Grecs*, Paris, 1965, pp. 192, 197-9, 217. [Mito y pensamiento en la Grecia antigua, Barcelona, Ariel, 1974.] Los dos ensayos de Vernant, «Prométhée et la fonction technique» y «Travail et nature dans la Grèce antique» ofrecen un análisis sutil de las distinciones entre *poiesis* y *praxis*, y de las relaciones del agricultor, el artesano y el prestamista con la *polis*. Alexandre Koyré intentó demostrar en una ocasión que el estancamiento técnico de la civilización griega no se debió a la presencia de la esclavitud o a la devaluación del trabajo, sino a la ausencia de la física, que se hizo imposible por la incapacidad de los griegos para aplicar las medidas matemáticas al mundo terrestre: «Du monde de l'à peu près à l'univers de la précision», *Critique*, septiembre de 1948, pp. 806-8. Al hacer esto, Koyré intentaba explícitamente evitar una explicitación sociológica del fenómeno; pero, como el mismo Koyré admitió implícitamente en otro lugar, la Edad Media tampoco conoció la física y, sin embargo, produjo una tecnología dinámica; no fue el itinerario de la ciencia, sino el curso de las relaciones de producción, lo que marcó el destino de la técnica.

ejércitos de ciudadanos. En la Antigüedad clásica pueden observarse tres grandes ciclos de expansión imperial, cuyos rasgos sucesivos y cambiantes estructuraron el modelo global del mundo grecorromano: el ciclo ateniense, el macedonio y el romano. Cada uno de ellos representó una solución específica a los problemas políticos y organizativos de la conquista ultramarina, que nunca se transgredieron y superada por la siguiente, sin más civilización urbana.